

Buenos Aires Diciembre 21/912.

Henriko Kara:-

Acabo de recibir tarde (3 p.m),
tu carta de ayer que me apresuro a contestar
en sus diversos tópicos -

Asunto Fels - Recibi' ayer, Viernes, la enco-
menda conteniendo la medalla y la Cigarrera, muy
bonita y apropiada por cierto, que la Comision
de Fiebras envia para el conscripto Fels, pero no
le acompaña comunicacion ninguna, de
manera que no sé si le entrega debo hacerlo
en acto publico o privado, o si he de mandarle
los obsequios con una carta. Espero tu contesta-
cion inmediata para proceder con arreglo a
ella -

Asunto Camellos - Tengo perfecto conoci-
miento de la existencia, no solo de dos, sino hasta
de cuatro o cinco camellos en Florida, cuya
primera vista hubo de cortarse un buen for-
zo - Sucedió que al día siguiente de tomar posesion
de aquella insula, monté temprano a
caballo para reconocer los alrededores, y no bien
sali al descampado del epidio, se plantó el
bayo que montaba sobre sus cuartos reinos, feroz

las orejas, y empezó a resoplar fuerte, negándose
 a avanzar un paso mas. Tendí le nete face des-
 cubri que sería lo que tal favor inspiró a
 mi rocin, tan manso y apacible de ordinario, y
 a le saron tan humano y receloso, pero no vi
 nada de extraordinario, sino un cerco de tunas,
 que parecían candeleros que sostenían gruesos
 cirios verdes. A fuerza de tirones e insinuante
 enviones, del cuerpo pare obligar al fingo a
 que avanzase, conseguí que diere un paso mas,
 siempre arisco y temeroso, pero todo fue de repente
 el cercado y girar sobre las faldas traseras como
 impulsado por un resorte, forcepeando por echa e
 como desparovido. Repuesto de la sorpresa que
 había estado a punto de decarrazarme, y afirman-
 dome en los estribos, procuré indagar la causa de
 la terrible espantada, a cuyo efecto me incliné
 ya en falso junto al cerco, sino que me abí el
 campo, y mirando desde lejos descubrí unos
 candeleros que tranquilamente facían las hierbas
 frescas que crecían el reparo de las tunas, muy
 ajenos los inocentes, fibrosos a ser los causantes
 del terror que habían inspirado a mi bayo, el
 cual, aun antes de verlos, los había olido como
 animales monstruosos ferocemente a una fauna

fan él desconocida, y todavía, aunque alejado
 de ellos, los miraba con los ojos engrandecidos
 por el espanto, dilatadas las narices resplande-
 tes, y el cuerpo todo convulso en continuado tem-
 blor. Y ahí tiene, tu cómo, por culpa de unos can-
 chos, estubo a figue de rodar por tierra en su
 primera excursión por los entornos de La Florida
 (la mar encunhada autonda) de la comarca.

De esto hace le friolera de diez y ocho
 años largos, así que aun cuando conocie la
 existencia de camellos en La Florida por aquellos
 tiempos, no me atrevi a mencionarlos cuando
 se me encargó de prestar el préstamo de los
 de este Jardín Botánico, porque los suponía ya
 muertos; pero pues que alguien he dicho a ^{usted}
 que aun existen, y apela ^{usted} a mi testimonio
 yo confirmo que los hubo, y que pertenecían
 a un buen vecino, honrado y trabajador, cana-
 no él de la memoria no me engaña, y de oficio
 atachonero, que era el que empleaba los
 camellos, cuya faena le rendía, según él, mucho
 más provecho que el que le hubieran dado tres
 mulas por cada uno de ellos.

Anoto a la espera de noticias e instrucciones
 y entretanto recibo un buen chasco del old bro-

Dan.